de la tierna edad. Debe condenarse, como nula y de ningun valor, toda teoria aprendida de memoria, y con doble motivo, si es recitada inconscientemente. Las teorias deben deducirse de la práctica experimental, teniendo presente que el maestro no enseña cuando el niño aprende por sí de los libros que entiende; lo que el alumno no comprende, está demás para él, no habiendo otro texto más eficaz que la viva voz del maestro, acompañada de las demostraciones prácticas que hacen penetrar las verdades en la inteligencia de los alumnos.

Aconsejamos por último á aquellos examinadores que, preciándose de entendidos, aprovechan las oportunidades de los exámenes para lucirse (quizás por no ocurrir más que una sola vez al año), que hagan el sacrificio de no disertar durante el exámen, ni ponerse á enseñar en momentos que no son de clase; ni ménos dirigir á los niños cuestiones impertinentes que no correspondan á los grados respectivos: esta última pedanteria extravia al examinando injustamente, arrojando en él la confusion al par que la vergüenza de no poder contestar.

Otro defecto que suele cometerse, *con distintos fines*, es examinar á los alumnos más adelantados, saliéndose de su grado, ocupando el tiempo del exámen con preguntas obvias que corresponden á los grados infantiles para sacarlos bien, sabiendo de antemano, que han de contestar infaliblemente lo que se les pregunta.

Este procedimiento es tan ilegal como cualquiera otra trampa de las que se emplean en estos actos *para sacar bien al examinando*.

Por las razones expuestas anteriormente, somos de opinion que no se verifiquen los exámenes de labores de aguja, juzgando por las *exposiciones* de obras hechas, que todavia se presentan de aparato á la antigua usanza en algunas escuelas. Si se ha de hacer exámen de labores de mano, debe ser destinando una hora, por lo ménos, para comenzar, en presencia de los examinadores, las mismas obras que se presentan como trabajos hechos por las niñas, eligiendo la reproduccion de aquellos que aparezcan como más sospechosos. Basta ya de farsas y lo que es peor de corromper la moral de las criaturas, enseñándoles á mentir. Eso es doblemente punible cuando es el maestro quien lo aconseja, siendo él mismo el que tiene que enseñar con frecuencia la moral del octavo mandamiento de la Ley de Dios.

En conclusion, no ocultaremos nuestra opinion acerca de la inutilidad de los exámenes anuales tal como se hacen entre nosotros. En conciencia deberian suprimirse, sustituyéndolos por los exámenes periódicos

practicados por los Inspectores de Seccion, en presencia del Consejo Escolar, durante la visita de cada escuela, cuyo acto podria ser público para satisfaccion de los padres de familia.

Con doble razon nos pronunciamos contra la vieja é inmoral costumbre de premiar el deber que desde chiquitos debe inculcarse en el espíritu infantil para que en su crecimiento, vayan los niños preparándose á cumplir las obligaciones sagradas que impone la patria á sus hijos. Esta es la opinion de los educacionistas que han estudiado científicamente la cuestion, rechazando unánimemente la vanidad de los *relumbrones* que pervierten los sentimientos morales del hombre.

O.

GOBIERNO ESCOLAR

No es necesario disertar extensamente sobre la importancia del órden en las escuelas. Todos los que han escrito ó hablado acerca de este asunto reconocen la necesidad de la obediencia de parte del discípulo. "El órden es la primera ley de la creacion", y no es más esencial á la armonia del universo que á la prosperidad de una casa de educacion. Si tal es la necesidad de que haya órden en la escuela, lógico es deducir que la habilidad para mantenerlo es parte muy importante de la aptitud del maestro. Lamentable es que tantos carezcan de esta particularidad; y tan frecuente falta puede ser considerada, en los más de los casos, como defecto del temperamento constitucional; ó como deficiencia de la cultura moral ó intelectual del mismo maestro. Por consiguiente nuestro primer objeto será indicar algunos de los

REQUISITOS DEL MAESTRO PARA GOBERNAR BIEN

I

GOBIERNO DE SÍ MISMO

Se ha dicho frecuentemente que ningun hombre puede gobernar á otros hasta que ha aprendido á gobernarse; y esto es tan verdadero que

cuando un individuo no tiene perfecto dominio sobre sí mismo sus decisiones pueden dejar de ser respetadas. El maestro debe saber gobernarse:

1. *En la pasion de la ira.*—La manifestacion de la ira disminuye siempre el peso de la autoridad. Bajo su influencia, el maestro no es capaz de hacer justicia á sus discípulos. Por eso antes de dedicarse á enseñar debe dominar su temperamento hasta el punto de que pueda gobernarlo bajo cualquier provocacion; debe considerar que en la escuela su paciencia será á menudo puesta á prueba; ha de esperar que la corriente de los asuntos escolares raro dia pasará perfectamente mansa; y por lo tanto debe estar preparado para lo peor, y convencido de que cualquier suceso desagradable que ocurra no le tomará enteramente de sorpresa. Semejante precaucion le dará mando sobre sí mismo; y si á pesar de esto por experiencia pasada y por la naturaleza de su temperamento conoce que no puede ejercitar este gobierno de sí propio, esté seguro de que no es apto para comprometerse á enseñar. Es peligroso confiar el gobierno de los niños á una persona que no tiene dominio completo sobre sus pasiones.

2. *En la lividad ó en la morosidad en su manera de tratar á los niños.*—Estos dos extremos deben evitarse. Algunos maestros muestran tanta frivolidad en el trato con sus discípulos, que jamás pueden mandarles con autoridad ni ganarles un respeto cordial. Falta grave es esta; el maestro hallará de una vez el antídoto de ella, si reflexiona sobre la responsabilidad de su posicion; y si esto no le cura nada podrá remediarla.

Otros maestros están caracterizados por una petulancia perpétua; tanto que una palabra agradable de ellos es cosa extraña. Jamás pueden esperar ganarse el afecto de sus discípulos; y sin asegurar el afecto de los niños, el gobierno de éstos nunca será el de la verdadera bondad. El trato habitual áspero, seco ó despegado de los maestros con sus discípulos debe quebrarse de una vez.

Algunos maestros jóvenes toman á veces una ú otra de estas maneras, ó quizás ambas, usándolas alternativamente, imaginándose que adquirirán popularidad con la una, y que se darán autoridad con la otra. Este concepto es erróneo, porque los niños tienen más discernimiento que el que les atribuyen los más de los hombres, y ordinariamente ven en eso un distraz; así es que el maestro, colocado en una posicion tan falsa, se pone en ridículo, en vez de obtener estimacion.

3. *En el trato con los discípulos notados por alguna peculiaridad.*—Ordinariamente hay algunos discípulos que son lerdos y quizás estúpidos, ó

que tienen defectos físicos ó ciertas rarezas intelectuales. El maestro debe saber gobernarse á sí mismo en todas sus observaciones relativas á tales niños; ha de evitar en la escuela toda alusion á semejantes singularidades, porque es el colmo de la injusticia, por no decir de la malevolencia, el emplear los epítetos bajos y degradantes que frecuentemente se oyen en boca de algunos maestros. ¿No es bastante desgracia para una criatura el ser lerda ó estúpida sin la mortificacion agregada por la crueldad de un maestro insensible? El buen maestro tiene un interés especial por semejantes niños, y se esmera en tratarlos con sentimientos paternales, que los animen y nunca los depriman.

II

CONFIANZA EN SU HABILIDAD PARA GOBERNAR

Generalmente podemos hacer lo que razonable y firmemente nos creemos capaces de hacer; y sea como fuere, un hombre es más apropósito para llevar á buen término una empresa, cuando tiene el sentimiento de la confianza de sí mismo. El maestro, reflexionando sobre la importancia del buen gobierno escolar, y estudiando los medios que ha de emplear, y los motivos que ha de presentar, debe ser capaz de determinarse á tener buen órden en su escuela, y creer que puede tenerlo tan completo que sus discípulos no adviertan ninguna duda en él bajo este respecto. Siempre que descubran que él duda del éxito de su gobierno estarán más inclinados á ponerle á prueba su habilidad. Será mejor que un maestro jóven rehuse hacerse cargo de una escuela, que entrar en ella sin completa fé en su propia actitud para gobernar á sus discípulos. Esta observacion no se ha de tomar como estimulante de una presuncion inmoderada y ciega. La confianza del maestro en su capacidad debe fundarse en una apreciacion razonable de sus facultades, relativamente á las dificultades que ha de superar. Lo recomendable es que el maestro mida cuidadosamente los obstáculos, juzgue ingenuamente sus propios recursos y no emprenda nada que él no considere al alcance de su capacidad. Si despues de esto cree que puede obtener buen éxito es casi seguro que lo obtendrá.

III

MIRAS RECTAS DE GOBIERNO

1. *Verdadero objeto del gobierno.*—No es gobierno la tiranía ejercida por placer del gobernante, ó para promover su conveniencia personal. El déspota manda por gusto de ser obedecido. Pero el gobierno propiamente dicho es un arreglo para el bien general, tanto para beneficio de los gobernados como del gobernante: no es buen gobierno el que procura otro objeto cualquiera. El maestro debe mirar así este asunto, y al establecer reglas en la escuela, inquirirá siempre si son sugeridas por una mira egoista hácia su propia comodidad, ó si procedeu de un sincero y desinteresado deseo de promover el adelanto de la escuela.

2. *El gobierno debe ser uniforme.*—Preciso es que el maestro reconozca la necesidad de que el gobierno escolar sea uniforme, esto es, el mismo de dia en dia. Si castiga hoy lo que toleró ayer, no espere respeto cordial de sus discípulos. Algunos maestros que no han aprendido el arte de gobernarse á sí mismos, obedecen demasiado á sus propias impresiones. Hoy tienen buena salud, tienen sus semblantes resplandecientes de buen humor y pueden sonreir por cualquier cosa; mañana bajo la influencia de una mala digestion ó de la necesidad de sueño ó ejercicio, la tormenta les nubla el rostro pronta á estallar sobre cualquier culpable, y ¡ay! de la infeliz criatura que no haya observado oportunamente este cambio en la condicion del tiempo!—Un maestro tan caprichoso no puede respetarse, ni estar seguro de que será muy respetado.

3. *El gobierno debe ser uno mismo para todos.*—El maestro debe procurar que su gobierno sea igual en su aplicacion á toda la escuela; para los grandes como para los pequeños escolares, para los varones como para las niñas. Incurren en grave falta los maestros que erigen en sus escuelas una especie de aristocracia, una clase privilegiada, una nobleza en miniatura. Insisten en que los niños menores se abstengan de ciertas prácticas y castigan á los delincuentes, mientras que toleran los mismos hechos á los discípulos mayores. Este proceder es cobarde, y tan impolítico como cobarde. Comete grave error el maestro que comienza su gobierno con los niños pequeños. Tenga el valor y la justicia de

comenzar con los mayores; pues los pequeños nunca se resisten cuando la autoridad se ha establecido sobre los que están arriba de ellos. Además, los que están así favorecidos son los que más pronto desprecian, y con mucha justicia, la autoridad del maestro.

4. *El gobierno debe ser imparcial.*—El maestro ha de cuidar de que su gobierno sea imparcial bajo todos respectos, no teniendo ningunas preferencias basadas en circunstancias exteriores del niño, de la familia de éste, ó en sus atractivos personales. El rico y el pobre deben ser iguales ante el maestro.

Cada niño tiene una alma, y con las almas, y nó con las riquezas de este mundo, tiene que hacer el maestro, sin olvidar que un diamante, antes de brillar está oculto bajo un exterior tosco, y que es un trabajo de muy gratos resultados darle un esmerado pulimento.

No obstante la imperfeccion de la naturaleza humana, el maestro desenvolviendo y cultivando las facultades de los niños encuentra en cada uno de ellos más ó ménos cualidades. Son séres inteligentes y racionales, tienen amor á la aprobacion, muestran afecto y sentimiento moral, cualidades que ellos tienen notablemente desarrolladas cuando ingresan en la escuela, y que el maestro debe tener en consideracion recurriendo á ellas con la más estricta imparcialidad.

El amor á la aprobacion no es un medio indigno de ser puesto en accion, porque empleado imparcialmente, los niños son fácilmente gobernados por medio de él. En verdad que no es el móvil más elevado pero tampoco es el más bajo. El *afecto* que el maestro puede inspirar á sus discípulos siendo imparcial con todos es uno de los medios mas poderosos para gobernarlos.

En fin la *conciencia* tempranamente ejercitada es casi omnipotente. Indicamos estos principios de accion para significar que el maestro debe estudiar atentamente el carácter particular de cada uno de sus discípulos, y comprender bastante el espíritu humano para ser capaz de hallar las avenidas de las mejores partes de la naturaleza de todo niño.

IV

DECISION Y FIRMEZA

Entiéndese por *decision* una disposicion á determinar y á obrar en

cualquier evento precisamente como el deber dicta; una buena voluntad para tomar la responsabilidad luego que la vía es clara.

Por *firmeza* se entiende la fijeza de propósitos que resueltamente lleva á cabo una recta decision.

Estas dos cualidades son esenciales del buen gobierno. Mucho tiempo suele perderse por la vacilacion de un maestro cuando la accion es más importante. Además si los discípulos descubren que el maestro vacila y que teme tomar alguna responsabilidad, muy pronto le pierden el respeto. No es esto sugerir que el maestro debe obrar precipitadamente pues nunca debe decidir hasta que esté seguro de que decide bien. Es mejor cualquier demora que el error apresurado; pero la demora en todo asunto de gobierno debe referirse al verdadero conocimiento del deber: cuando éste es conocido claramente, no se debe demorar la decision.

Muchos maestros gobiernan mal por falta de firmeza y por obrar segun su conveniencia personal. En algunas escuelas sucede á menudo algo parecido á esto:—"¿Puedo ir á beber agua?" dice Juan en tono de súplica.—"No", responde prontamente el maestro y de seguro que sin reflexionar sobre su decision. Juan se sienta muy tranquilamente contemplando el semblante del maestro de una manera suspensa como quien dice por sí: "Pronto probaré otra vez". Poco despues observa Juan que el maestro está muy ocupado con una clase y otra vez hace la peticion:—"¿Puedo ir á beber?". Picado de impaciencia por haber sido interrumpido, el maestro contesta instantánea y enfáticamente: "Nó, nó, Juan, siéntese." Juan observa tranquilo la expresion de su maestro; no puede descubrir indicios de un pensamiento que busca la senda del deber y dice para sí: "Ala tercera vez nunca falta." Así despues de un minuto ó dos, cuando el maestro está algo preocupado en algun asunto sério suena otra vez en su oido:—"Señor, puedo ir á beber?."—"Sí, sí, vaya V."

Juan vá á beber y luego se pone á filosofar sobre este asunto, quizá del modo siguiente: "No creo que se detiene á pensar si yo necesito ó no beber; nunca creeré que niega realmente cuando dice no; obra sin pensar, y lo cierto es que consigo lo que quiero si se lo pido muchas veces. Ya sé cómo he de proceder." No es seguro que cualquier niño exprese este pensamiento con tantas palabras; pero sí que su operacion mental no es menos clara.

El maestro debe considerar cuidadosamente la peticion que se le hace: "¿Cuánto tiempo hace que este niño bebió agua?" ¿Puede serle necesario beber tan á menudo?." Entónces la respuesta debe darse nuevamente

pero con decision: "No, no Juan", verdadero modo como se arreglará probablemente el asunto de suerte que Juan no pida otra vez. Una vez dada la respuesta, ha de ser firmemente sostenida; pues será mejor que Juan sufra por falta de agua, que por falta de confianza en la firmeza de su maestro. De este modo, el maestro acreditará su palabra en la escuela, y sus discípulos aprenderán pronto que en boca de él no significa *no*, y *sí* significa *sí*, asunto de no poca importancia para gobernar bien una escuela.

V

BENEVOLENCIA

La benevolencia es otra de las cualidades que debe tener el maestro para gobernar bien su escuela. Entiéndese por esta cualidad, que es tan esencial en la vida del maestro, como su buena voluntad siempre igual, su fervorosa simpatía y sincera generosidad habitualmente ejercitadas hácia sus discípulos. No hay en la tierra fuerza más poderosa que el amor, y cuando este sentimiento toma posesion del corazon humano, es omnímodamente penetrante y predominante, sobre todo si se ejercita en apoyo de la simpática niñez. Solo el maestro que ama á sus discípulos tiene poder para ganarse el amor y la confianza de ellos, que deben constituir su seguridad principal en el gobierno de la escuela. Un discípulo afectuoso confiará en nuestro juicio, respetará nuestra autoridad y temerá nuestro desagrado. Si le demostramos con nuestra benevolencia que somos adictos á él y que todos nuestros esfuerzos se dirijen á realizar el bien, y le persuadimos de nuestra sinceridad, nos apoderaremos de él como por encanto y no tendremos ulteriormente necesidad de emplear para él la fuerza, porque está sometido á otra ley más elevada que le induce á agradecer nuestros anhelos y á procurar el bien de la escuela. Nosotros, como maestros, ocupamos temporalmente el lugar del padre, y debemos, en cuanto nos sea posible, criar el afecto y manifestar el interés y el celo de la verdadera madre que emplea toda su vida amando á sus hijos y afanándose por ellos.

Pero esta benevolencia que es un elemento esencial en todo sistema de gobierno, no debe ser sustituta de la autoridad, ó un obstáculo á la severidad, cuando esta es requerida para bien del individuo ó de la

escuela. El maestro debe preservar vivo un amor perseverante hácia sus discípulos; más este amor nunca es mas verdaderamente ejercitado que infingiendo el castigo necesario. Shakespeare no hubiera dicho del corazon del maestro: "reboza en él la leche de la humana benevolencia", si el maestro tuviese solamente autoridad, firmeza y voluntad ejecutiva; pero sin estas la benevolencia, como elemento de gobierno escolar, es á veces impotente.

VI

VERDAD Y LEALTAD

El gobierno escolar debe ser esencialmente paternal. Podrá haber en la escuela un reglamento compuesto de media docena de artículos; pero vano será hacer uso de él como un yugo. Cuando la autoridad está bien respetada, la persuacion y la exhortacion son generalmente más eficaces que cualquier otro medio. Siempre que el maestro esté inquieto por la conducta de sus discípulos, expóngales sus temores como un padre solícito por el bien de su familia; no les oculte nada; tómelos como confidentes de lo que pasa en su mente y en su corazon; manifiéstales sus juicios y designios sobre el asunto de que se trata á fin de que ellos comprendan la posicion en que se hallan con su responsabilidad y sus peligros, y para que aprendan á determinarse como criaturas racionales. Por este medio se obtendrán resultados mejores y sobre todo más sólidos que por procedimientos torcidos y acompañados de los fingimientos que suelen emplearse en algunas casas de educacion.

VII

EL DON DE LA PALABRA

Grande es el poder de la palabra sobre el hombre. El maestro tiene como un pequeño pueblo que gobernar, y la organizacion general de la escuela le facilita esta tarea; pero no es este el medio más esencial; el punto capital, á no dudarlo, es el establecer bien la correspondencia entre el espíritu del maestro y el de los discípulos, entre el corazon

de éstos y el de aquel. Esta correspondencia se establece por medio de la palabra. Es necesario que el maestro cautive los pensamientos y los afectos fluctuantes, y se los atraiga por algo que los interese ó los mueva. Una vez dado este paso, las inteligencias se unen, se consortan, se ponen al unísono, y entónces lo que el maestro siente, piensa y dice, encuentra inmediatamente eco en las almas de los discípulos. Así puede ejercer su influencia sobre ellos como estime conveniente; reforzar ó suavizar su accion segun la necesidad, como un pianista pasa ligeramente ó apoya con fuerza sus dedos en las teclas, segun la impresion que quiere producir.

VIII

JOVIALIDAD

El maestro debe ser de genio alegre y apacible. Si puede emprender diariamente sus tareas con suma complacencia hará mucho camino hácia el mejor éxito. La jovialidad irradia alegría y el maestro verá la suya reflejada en los semblantes de sus discípulos. La primera palabra que pronuncie, la primera mirada que dirija á los niños, dará tono á los sentimientos. ¿Qué tempestad puede haber en la atmósfera del salon despejado por el alegre rostro del maestro? Este se hace agradable para que se alegren los corazones de la concurrencia. Por eso la conservacion de la salud, requisito esencial del buen humor, es un deber; y todo lo necesario para asegurarla es regla á que se debe obedecer. Dios ama al que da con alegría, y en ninguna parte es esto más verdadero que donde el don es direccion moral y luz para las inteligencias.

No siempre es fácil entrar con temple jovial en una escena de tantos cuidados y de labor, como lo es una casa de educacion. Hay en ella segun piensa el maestro, algunos individuos que son frios é indiferentes, que no hacen caso de él ni de nada cuanto procura en bien de ellos; allí están los que él sabe que le son adversos é intentan poner obstáculos á sus planes, y que imposibilitan el éxito que se propone alcanzar. Estar entre tales discípulos con confianza, benevolencia y jovialidad; dejar atrás todo resentimiento, todo amor propio y toda desconfianza, es dificultoso; pero

debemos vencer lo malo con lo bueno; ellos son niños; hay algo en sus corazones que responderá á nuestra buena voluntad; hay algo que tomará partido con nosotros contra todo lo que es irregular. Si el maestro posee el verdadero espíritu de su profesion, podrá convertir la aversion en favor, el odio en amor y la indiferencia en interés, y obrando así no solo realizará sus fines inmediatos sinó que conseguirá con sus esfuerzos el noble bien de reprimir el mal, despertando tendencias buenas en el carácter de sus discípulos, mientras que hará efectivo todo esto en más alto grado todavia para sí mismo.

MEDIOS DE ASEGURAR EL ORDEN

I

SER CUIDADOSO EL MAESTRO EN LA PRIMERA IMPRESION QUE PRODUZCA

El antiguo proverbio "lo que es bien comenzado está medio acabado" tiene mucho de verdadero en el gobierno escolar. Los niños estudian el carácter del maestro con prontitud y mucho acierto. Quizá ningun discípulo sabrá expresar un juicio exacto sobre el carácter de su maestro despues de haberlo tratado durante una semana; pero toda la clase habrá recibido una impresion que no estará léjos de la verdad. Indiscreto es pues el maestro que intenta parecer como no es, debiendo ser sincero, y al hacerse cargo de una escuela, principiar segun pueda continuar. Cualquiera apropiacion de tono autoritativo en él es mal juzgada y los discípulos se ponen en actitud de resistencia cuando la perciben. El maestro debe tener siempre presente que entre niños y aun entre adultos, el respeto precede siempre á la adhesion. Si quiere granjearse el amor de los niños, procurará primero ser digno del respeto de ellos, obrará por lo tanto con reflexion escrupulosa; será firme pero nunca petulante, y es importantísimo que sea verdaderamente cortés y afable.

Es mucho más discreto rogar que mandar, á lo ménos hasta que el ruego ha sido desatendido. Hay comunmente dos modos de mandar: uno suave y otro brusco.

"Juan cierre usted esa puerta", en tono brusco es un medio de hacer cerrar una puerta. Sin duda que Juan la cerrará (quizá dando un portazo); pero no agradecerá á su maestro la rudeza del tono de su mando. No cuesta más tiempo, ni más aliento, decir: "Juan, le agradeceré que cierre esa puerta". Muy alegremente corresponderá Juan, habiéndole sido grato oir ese tono de bondad; y si él pudiese adivinar en adelante los deseos de su maestro, los llenaria sin que se los manifestase.

Esto no es recomendar la adopcion del tono lisonjero del adulador. El maestro debe ser varonil y digno; pero el lenguaje de la cortesia, que procede de la verdadera bondad y que es propio del caballero, siempre será el más conveniente y oportuno para él.

La primera tarea del maestro, cuando se prepara para ir á la escuela, es para sí mismo; y el éxito del dia dependerá en alto grado del temple con que se presenta á sus discípulos. Estos, llenos de curiosidad, espían todo movimiento, observan toda mirada y secuestran toda palabra, confiando ó temiendo, segun estos elementos predominan en su carácter; pero de seguro que sentirán simpatia ó aversion de acuerdo con la primera impresion.

Por consiguiente, cuide el maestro de que la primera impresion de sus discípulos sea que él es persona benévola generosa, que siente gran interés por el bienestar de todos ellos; pero persona de firmeza y resolucion que no permitirá nunca ninguna sinrazon.

II

GUARDARSE DE MOSTRAR Ó MANTENER UN ESPÍRITU SUSPICAZ

Es una máxima de derecho que toda persona á quien se imputa un delito se presume inocente hasta que se le declara reo. Tenga presente el maestro esta máxima. No hay modo más directo de hacer viciosa una escuela que mostrarse con sospecha de que lo es. Una buena reputacion siempre es estimada por todos; y hasta un mal muchacho se guardará cuanto pueda de cometer acciones perversas, en tanto que crea que se le atribuyan buenas intenciones; pero si ve que ha perdido el buen concepto de su maestro, creerá que nada tiene que perder ulteriormente, por ser

tan malo como se sospecha que lo es. El maestro obra pues sabiamente, si procura ver algo bueno hasta en un discípulo vicioso; y esto puede ser, como frecuentemente ha sido, el medio de salvar á tal discípulo. Un muchacho depravado se reformó completamente en la Escuela, por haberle dado á entender su maestro que habia notado algunos buenos rasgos de su caracter. Despues dijo al mismo maestro que él habia sido tan frecuentemente sospechado de ser malo que casi llegó á creer que lo era; pero que cuando encontró un hombre que supo hacerle la justicia de darle crédito por algunos sentimientos buenos que le reconoció, se determinó al mismo tiempo á mostrar á ese hombre que su confianza no habia sido mal puesta, y que antes moriria que ofender á sabiendas á la única persona que le habia comprendido.

A veces es prudente no solo contener la expresion de la sospecha, sinó dar alguna muestra de confianza al discípulo que da mucho quehacer. Encárguele el maestro alguna comision que implique responsabilidad, y probablemente se ganará desde entónces la buena voluntad de su discípulo Este proceder se funda en el conocido principio practicado por Fran Klin quién cuando queria ganarse á un enemigo le pedia con favor.

III

DAR REGULAR Y COMPLETA OCUPACION Á LOS NIÑOS

Como la actividad es ley de la naturaleza de los niños, y como el maestro debe darles direccion, no puede quejarse con razon de que se empleen en cosas veladas, sino ha proveido juiciosamente para que hagan alguna cosa útil.

El órden se asegura por los arreglos generales de la escuela. A los niños no se les debe dejar desocupados. Si el maestro no da quehacer á sus discípulos, ellos le darán quehacer á él; si les deja ociosos, es casi seguro que caerán en el mal ó lo que es igual para el maestro, se remediaran ellos mismos de la ociosidad en que se les deja. Si en alguna ocasion no se puede dar ocupacion á una clase será despedida ó se le dará un receso. Los niños de tal clase suelen quedar en sus asientos, despues de haber aprendido y recitado sus lecciones, porque se siente perder

tiempo si se les deja ir; pero necesario es comprender que se pierde mucho mas tiempo obligándolos á permanecer desocupados. Cuando sea oportuno, las clases inferiores, serán despedidas más temprano que las superiores, para poder dar á estas últimas una parte del tiempo sin interrupcion

Por consecuencia de todo esto, el maestro debe hacer muy luego los arreglos necesarios para dar completa y regular ocupacion á los niños. Con este fin ha de tener un plan cuando abra la escuela. Además, cuando el maestro ha dado ocupacion, tiene el derecho de insistir en que sus discípulos se empeñen en sus tareas. Nadie disputará este *derecho*, y es mucho más provechoso exigir el cumplimiento de un deber positivo que alegrar una negativa como la abstencion de cuchichear ó de hacer daño en general.

IV

PRESCRIBIR POCAS REGLAS

Es cosa muy comun en los maestros el crearse dificultades por médio de un gran código de requerimientos y prohibiciones. Algunos van hasta el estremo de escribir reglamentos asignando una penalidad para cada infraccion; y los fijan en el sitio mas visible de la escuela, confiando en que la memoria de los discípulos llegará á retener las prescripciones, y se gobernarán á si mismos segun ellos. Esto no pasa de ser un gran error. La multiplicidad de reglas específicas para el gobierno de una escuela, conduce naturalmente á una multitud de faltas. Los niños se confunden con las variadas y á veces contradictorias exigencias de un formidable reglamento; y el maestro, tratando de evitar Scilla caerá probablemente en Caribdis.

Algunos hombres de estado han creido que "el mundo ha sido demasiado gobernado", y si frecuentemente se alega en sosten de esta creencia, que el buen cumplimiento de las leyes requiere mas sabiduria que la empleada para hacerlas, esto es, *que la ciencia de la obediencia es más abstrusa que la ciencia de la legislacion!*.

Esto será ó no será verdad en la sociedad civil; pero lo ha sido y todavia lo es muchas escuelas.

Es parte de la sabiduría, y tambien enseñanza de la esperiencia, el dar pocas reglas. La gran regla del deber "Haced á los demás lo que querais que ellos os hagan" comprende bastante para principiar. Hay en los niños cierta capacidad para distinguir el bien y el mal, en la cual puede tener el maestro alguna confianza; y efectivamente ¿no confia en ella, poniendo diariamente en ejercicio la conciencia del niño á quien llama á decidir si un hecho es bueno ó malo? Ademas, si la Escuela fuese gobernada con un código, los discípulos obrarian segun el principio de que *todo lo que no es prohibido es admisible*; por consiguiente, sin inquirir si una accion es recta, ellos solos investigarian si es prohibido. Pero ningun maestro es tan sabio, como para hacer leyes para todos los casos; y la consecuencia es que se ve frecuentemente perplejo con molestias imprevistas ó buscando algun modo ingenioso para evadirse de su inflexible reglamento. Lo peor de todo esto es el hecho de que el niño juzgue sus propios actos por la *ley del maestro*, mejor que por la *ley de su conciencia*; y así el sentimiento moral está en peligro de pervertirse.

A esto puede agregarse que el maestro se verá frecuentemente indeciso intentando juzgar los actos de sus discípulos por leyes fijas, y determinando para todas las violaciones la penalidad prescrita. Ocurrirán á menudo casos en que dos discípulos delincan con intenciones del todo diferentes contra una prohibicion; en uno teniendo un buen motivo y habiendo olvidado la ley; el otro con la ley en su memoria, y con el perverso designio de violarla. El reglamento con su penalidad prescrita, nada deja á la discrecion del maestro, y éste manteniendo la ley debe castigar á ambos culpables; pero así violaria su propio sentimiento de justicia; ó debe excusar á los dos, y así violaria su palabra; no puede excusar al uno y castigar al otro, como la justicia le manda, sin violar sus propias leyes.

Un ejemplo servirá para ilustrar este punto.

Un maestro habia establecido la regla siguiente: "Todo niño que cuchichee sin permiso será castigado". Dos muchachos ocupan juntos un pupitre de dos asientos. Guillermo es niño amable, obediente y laborioso, que jamás ha violado intencionalmente ningun precepto de su maestro; mientras que Cárlos es un compañero inmoderado, vicioso é inmoral que en una semana habia intentado una docena de veces molestar á su maestro. A Juan que se sentaba cerca de Guillermo, se le cayó su lápiz que fué á parar debajo del asiento de Guillermo. Juan busca su lápiz á derecha é izquierda de su asiento y se llena de perplegidad; Guillermo lo ha notado, coge cuidadosamente el lápiz, y con la buena intencion de aliviar la ansiedad de su vecino le toca con el codo y le dice en voz baja: "aquí está tu lapiz, Juan" y en seguida principió de nuevo su tarea, probablemente sin conciencia de haber incurrido en falta. En el mismo instante el astuto Cárlos medio ocultando el rostro con la mano y mirando con precaucion al maestro, habla con otro niño sobre un asunto sin ninguna relacion con el estudio ni con ningun otro deber. El maestro ve ambos casos y llama á los culpables á la plataforma. El uno se muestra temeroso y extraña haber cometido alguna falta, miéntras que el otro se prepara para negar la suya, agregando así una falsedad á sus demás culpas. El reglamento señala para ambos un castigo, que es aplicado á Cárlos, con la conviccion de que lo merece; ¿pero puede el maestro con algun sentimiento de justicia castigar á Guillermo?—¿Sí?—Pues no vemos como puede estar acorde con su conciencia. Sin embargo como el reglamento no le deja nada á su discrecion, ó tiene que violarlo ó que violar su propia conciencia, y con demasiada frecuencia, en tales casos opta por la última alternativa.

Necesario es, pues, dar poquísimas reglas: la de la razon es comunmente bastante, sin ninguna legislacion especial y tiene la ventaja de dejar mucho á la discrecion del maestro.

V

SOSTENER LA TRANQUILIDAD

Cualquiera comprende que en toda casa de educacion una de las primeras condiciones para mantener el órden que asegura la marcha del trabajo y evita la confusion, es el hábito de la tranquilidad en todos los momentos no dedicados á los recreos. Seguramente que esto es difícil de obtener en un establecimiento numeroso; pues en las grandes reuniones de niños se manifiesta siempre una tendencia más ó ménos pronunciada á la expansion del atolondramiento y de la ligereza que caracteriza á muchos de ellos. El modo más eficaz para luchar contra este inconveniente en las grandes escuelas ó colegios es tener bedeles ó celadores responsables, y renovarlos tan luego como no cumplan fielmente la obligacion de ejercer una asidua vigilancia, no restringiendo la libertad de los movimientos ó accion de los alumnos, sinó para impedir ó remediar el mal.

Para conseguir este objeto, el celador debe procurar bastarse á sí mismo no recurriendo á la autoridad inmediata superior del establecimiento sinó en caso de que sea desconocida la que le haya conferido el Director. Esto, no obstante, el celador presentará diariamente al Director un breve informe escrito y firmado, sobre las faltas que los alumnos hayan cometido y que él no haya podido evitar con su vigilancia ó remediar por sí mismo.

El deber de firmar esta declaracion, hace sentir al celador la gravedad de su cargo, y le dispone á dar concienzudamente estos informes.

Nótese bien que este sistema no es de espionage ó delacion, porque el celador mientras ejerce su empleo, es en cierto modo un funcionario público que desempeña en bien de todos una especie de magistratura para mantener el órden.

Cumpliendo bien con su deber, no habrá disposiciones rencorosas contra él, pues sabiendo todos que tiene obligacion de obrar así, le respetarán aunque proceda con severidad.

Durante las clases, el celador no ejerce sus funciones; son los profesores los que mantienen el órden con su palabra y con su autoridad, pero lo hacen sin trabajo, porque si poseen las cualidades de carácter necesarias, rara vez notarán alguna falta de respeto ó subordinacion. Bajo la direccion inmediata de un buen profesor, los discípulos tienen casi siempre la docilidad que les demanda su posicion en las aulas, y se respetan bastante á sí mismos, para no separarse notablemente de la línea de las conveniencias. Sin duda que es necesario tratarlos con miramientos; pero nada más conveniente en un establecimiento que aspire á constituir la benevolencia en uno de los principios fundamentales del gobierno escolar.

En las salas de estudios de los colegios es difícil sostener suficiente grado de tranquilidad durante las largas noches del invierno. Los alumnos tienen que permanecer en aquellas unas *tres* horas, para estudiar sus lecciones, poner en limpio sus extractos y ocuparse en las preparaciones para el dia siguiente, tarea que requiere *cuatro horas*, y que debe completarse en las primeras de la mañana. Compréndese bien que la situacion es delicada para un crecido número de niños llenos de vivacidad y á quienes el menor incidente puede distraer. Con el fin de prevenir las distracciones ó extravíos consiguientes á toda ocupacion prolongada, conviene interrumpirla con un cuarto intermedio ó con un ejercicio de canto. De este modo cuando la tarea principie á cansar demasiado, se

suspende con un ejercicio agradable, despues del cual los alumnos aprovecharán bien el tiempo restante de estudio. Sabido es que la música calma la agitacion y el desagrado de los ánimos y por lo mismo será muy raro que despues de tan grato ejercicio los alumnos se sientan inclinados á producir ruido y desórden.

Para obtener buen órden, es necesario tambien demostrar á los alumnos que la tranquilidad es del mayor interés; que ellos están en el establecimiento para hacer buenos estudios, y para hacerlos lo más pronto posible, no permaneciendo en él sinó el tiempo estrictamente necesario, puesto que siendo su educacion un motivo de sacrificios para ellos y para la sociedad obrarian como insensatos si malgastasen su tiempo perdiendo las horas más favorables para el trabajo. Insista el maestro en estas ideas, exhortando á los alumnos mayores; ilústreles la conciencia hágales sentir que ellos deben dar el ejemplo á los demas; recuérdeles siempre que los dias en que deben dar cuenta de sus trabajos se aproximan y que no hay momento que perder. Así se produce una reaccion contra el mal, y se procura que la tranquilidad produzca un movimiento espontáneo hácia el bien; así se constituye una asociacion mútua contra el desórden, pues formándose una mayoría para obtener la tranquilidad, la minoría mal dispuesta tendrá que someterse. Considere el maestro como punto capital, el obtener que la mayoría de los alumnos quiera el bien, porque entónces ella formará la opinion y el espíritu de la masa.

VI

HACER AGRADABLE LA ESCUELA

Respecto á este punto suelen haber errores que necesitan correccion. Lo desagradable de una escuela se atribuye algunas veces al *órden*, al *silencio* y al *estudio* que prevalecen en ella.

El *órden* no es desagradable. Los procedimientos ordenados de una escuela regulada, la tranquila sucesion de una ocupacion á otra, en su propio tiempo, el ver cada cosa en su sitio, todo esto es agradable; á todo el mundo place.

El *silencio* no es desagradable; por el contrario, como es beneficioso para todo, es conveniente, y, por lo tanto, place.

El *estudio* no es desagradable. Cuando el asunto estudiado es comprendido, nada hay más grato. El ejercicio de las facultades es la verdadera esencia de la felicidad. Solamente es desagradable cuando se prolonga demasiado sobre un asunto; por consiguiente debe ser variado: para los niños menores, cada quince ó veinte minutos y para los mayores cada hora. Dia tras dia, á la misma hora, se debe continuar el mismo estudio; pero no demasiado de una vez, y así se hará cada dia más fácil y agradable. Así como en una operacion manual los dedos se acostumbran gradualmente al ejercicio, y cuanto más se ha proseguido este, tanto más pronta es la ejecucion, lo mismo sucede tambien á cualquier facultad de la inteligencia.

Los niños están diversamente constituidos bajo este respecto; algunos adelantan fatigándose más que otros, y por eso el ejercicio debe cesar antes que los discípulos lleguen á cansarse.

La *sujecion* innecesaria ó demasiado prolongada, se hace desagradable para toda persona cuya naturaleza requiera mucha accion. En los niños es muy grande la impaciencia que les ocasiona la sujecion, y por lo mismo esta debe interrumpirse más á menudo para los menores que para los mayores.

Las posiciones incómodas hacen desagradable la escuela, y por eso debe ponerse especial cuidado en que los pupitres y los asientos sean convenientes, de dimensiones adecuadas, y estos últimos provistos de espaldar.

La *mala ventilacion* hace desagradable la escuela. Tenga cuidado el maestro de que la sala de clases esté bien ventilada.

La *monotonía en las lecciones* es desagradable. Rómpase su languidez, introduciendo animacion y variedad; prepare el maestro sus lecciones y hágalas más agradables haciéndolas más claras.

La *aspereza de genio* es desagradable. El maestro regañon es muy desagradable; la maestra regañona es extremadamente insoportable. Eviten ambos esta mala cualidad, aprendan á gobernarse á sí mismos y á gobernar con la benevolencia y la razon.

El medio más eficaz de hacer agradable la escuela es *asociar el placer á la instruccion*. La curiosidad ó el deseo de saber y el amor á lo maravilloso son grandes móviles de la niñez, y la satisfaccion de estos sentimientos va siempre acompañada de vivísimos placeres. Los niños tienen deseo natural de saber, así como de estar ocupados, y les son muy gratos los buenos éxitos de sus ocupaciones.

La enseñanza debe causar placer al niño; y cuando esto no sucede es

porque hay un defecto capital, ora en la eleccion del asunto, ora en el modo de presentarlo.

Si tomamos por guias en la educacion las leyes que Dios ha prescrito para el desarrollo de la inteligencia, y principiamos por las cosas y de estas pasamos á las palabras, enseñando estas últimas como símbolos ó signos representativos de las ideas, este método hará agradable la escuela á los discípulos, tanto como Dios ha querido que sea agradable la adquisicion de los conocimientos.

MOVILES A QUE SE RECURRE EN EL GOBIERNO ESCOLAR

I

EL MIEDO AL CASTIGO — EL TEMOR A LA AFRENTA — LA EMULACION

Así como en el gobierno civil la Constitucion es conculcada y violada por la fuerza prevaleciente contra la autoridad, del mismo modo la constitucion del hombre es conculcada y violada por los más inferiores móviles ó principios interiores prevalecientes contra el que por su naturaleza es supremo sobre todos ellos.

El objeto permanente del gobierno escolar es asegurar en los niños la aplicacion al trabajo y la buena conducta. Los móviles á que más frecuentemente se recurre en la familia y en la escuela son: el miedo al castigo, el temor á la afrenta y la emulacion; entendiéndose aquí por esta última el espíritu de rivalidad, el deseo de adelantar á los demás.

El *miedo al castigo* no debe ser reprobado enteramente. Conviene que el maestro tenga el poder de castigar, en caso de absoluta necesidad. El niño que sabe que su maestro tiene este poder, y que lo ejercerá si la necesidad lo obliga, excusará impelerle á tal necesidad. Sin embargo, jamás debe emplearse el castigo corporal. La grande objecion contra este, es el hecho de que suscita malas pasiones, no solo en el niño, sinó en el maestro, y mucho más en éste que en aquel. La experiencia ha enseñado que el efecto del castigo corporal es necesariamente malo en la persona que lo inflige, porque se excita en ella una tentacion horrible, una tentacion que solo podemos comprender como propia de espíritus crueles. Pero el temor al castigo no pervierte necesariamente el carácter del niño.

El temor á la afrenta produce siempre malos efectos; y la esencia de su maldad consiste en que tanto puede afectar las cualidades excelentes como las malas. Efectivamente, lo noble y lo puro puede ser más fácilmente puesto en ridículo que lo contrario. La crueldad, la dureza de corazon, el egoismo, la vileza de los vicios, difícilmente pueden exponerse al ridículo; mientras que la compasion, la ternura, la generosidad están á veces expuestas á ser ridiculizadas. Los más de los niños son por naturaleza algo susceptibles de ridiculez. Es comun ver niños avergonzados de pobreza, de alguna apariencia de pobreza ó de algun defecto natural, y no de glotoneria, deshonestidad ó maldad.

Los niños de temperamento delicado, gran generosidad y viveza de imaginacion, que no necesitan la influencia de los castigos severos, sufrirán terriblemente con la afrenta; mientras que los de facultades obtusas, los cobardes, ruines y escasos de imaginacion sufrirán muy poco.

Así la objecion principal contra este móvil, consiste como queda indicado, en que obra con desigualdad é injusticia terribles, dando gran pena á los niños de bello carácter que deben ser tratados delicadamente, y no afectando á los que necesitan represion por otras influencias posibles.

La misma objecion existe contra la *emulacion*. Esta obra con gran fuerza sobre las naturalezas nobles que no necesitan estímulos, y pasa por encima de las naturalezas lerdas, para las cuales el gobierno escolar es más necesario.

Admitamos que la emulacion es un poderosísimo móvil, quizá el más poderoso que puede ponerse en accion. Estar á la cabeza de una clase jamás puede ser cosa indiferente para un niño inteligente si ello es tenido como el mayor bien. Todavia ménos indiferente el estar á la cabeza de una escuela. Ganar un premio, cuando solamente á muy pocos niños es dado, y donde el número de competidores es grande, puede ofrecer á los ojos del niño una importancia mayor que la de cualquier otra cosa de su vida; pero este hecho sacrifica lo moral á lo intelectual. El objeto que ha de proponerse el maestro no debe ser formar los mejores escolares posibles por medios cualesquiera, sinó elevar el sér humano á la mayor perfeccion posible. Si el escolar se forma á expensas del hombre, se produce un daño incalculable. El maestro capaz de sacrificar el carácter moral de sus discípulos á su triunfo en los exámenes, es completamente indigno de su profesion.

Cuando la emulacion se ejercita entre compañeros é iguales, excita

casi necesariamente las peores pasiones: la envidia, los celos, el odio, la malignidad. Decimos *casi*, porque hay pocos tan nobles por su naturaleza, tan elevados sobre todo egoismo, que son capaces de ver que un rival obtiene el premio por el cual han hecho todos los esfuerzos posibles, y no experimentan otro sentimiento que el del placer por el éxito del vencedor, ó la resignacion por el revés sufrido. Estos caractéres son poquísimos, y, por lo tanto, podemos sin separarnos de la verdad olvidar tan raras cualidades, para decir que la emulacion, segun obra ordinariamente, *excita las peores pasiones del corazon humano.*

En cuanto al efecto que la emulacion produce en el carácter, importa preguntar si los hábitos formados por ella son los más apropiados y conducentes al regular, tranquilo y concienzudo desempeño de los deberes cotidianos de la vida. Muchos de los que han sido estimulados á grandes esfuerzos en la escuela por medio de la emulacion, abandonan sus libros y sus hábitos de estudio al dejar las aulas, careciendo ya del móvil que los impulsaba. Y si la emulacion no produce efectos permanentes en las cosas para que ha sido empleada, ¿será eficaz para producir un efecto saludable sobre el carácter? Una mujer cuyo carácter se haya formado bajo la influencia de este móvil, ¿será más idónea que otra para inculcar á sus hijos la sencillez, la humildad, la caridad que hace el bien por amor á su objeto, el amor á la verdad, el principio de obrar bien porque es lo bueno? ¿Podrá el deseo de distinguirse y de aventajar á las demás, ser lo más aparente para inducirla al cumplimiento de sus deberes como esposa? ¿La inducirá mejor á llenar sus deberes para consigo mismo y para con Dios? Si este móvil tiene algun efecto, ¿no será tendente al extravío? Y este móvil que es manifiestamente malo para las niñas, ¿podria ser el mejor posible para los niños? Si estas dudas no son infundadas ¡qué gran suma de mal se crea por la emulacion! Sin decir nada del odio y de la envidia que la emulacion engendra, gangrenando en vez de purificar el corazon de la infancia y de la juventud, ¿á qué causa mas que á esta, obrando generalmente en las escuelas y aun en las familias, puede atribuirse el insano deseo tan predominante de aventajar á otros en opulencia, en casa, en vestidos y en toda cosa de exterioridad que admita comparacion? ¿A qué otra causa podemos atribuir en igual grado la notoria corrupcion de tantos corifeos políticos? El deseo de sobresalir ha sido tan mimado desde la niñez, que se ha convertido en una pasion irresistible que se lanza á su fin, indiferente á todos los principios y á todas las consecuencias.

Sin duda que la emulacion hace tanto bien como mal; pero la cuestion es si podemos asegurar el bien por la accion de móviles más elevados, miéntras evitamos el mal. Por encima de la influencia de la emulacion han estado los hombres mejores. La emulacion puede haber formado hombres como César y Napoleon; pero ¡qué poco pudo hacer para formar un Washington y un San Martin! Las acciones más nobles y las obras más relevantes que hacen adelantar á la sociedad en civilizacion se han producido bajo la influencia de móviles más elevados que el de la emulacion.

¿De quién fué émulo Galileo, cuando habiendo ido más allá de lo conocido hasta entónces, se lanzó auxiliado por la experiencia y la geometria, en el vasto é inexplorado oceano de las verdades mecánicas y astronómicas? ¿De quién fué émulo Kepler, cuando, de observaciones reunidas en muchos años, dedujo esas famosas leyes que él no esperaba que los entendimientos de su siglo las comprendiesen, pero que fueron base para el conocimiento del sistema del universo? ¿Qué *rivalidad* estimuló á Newton, cuando en la soledad de su estudio estableció esos inmortales principios que sus amigos difícilmente pudieron persuadirle de dar al mundo? ¿Qué *emulacion* enseñó á Arquimedes mecánica, á Pascal geometria, á Shakespeare poesía?

En verdad que no podemos excluir enteramente la influencia de la emulacion. Difícilmente pueden reunirse niños para cualquier propósito sin que se manifieste; y nada es necesario hacer para alentarla. Ella es siempre un elemento suficientemente poderoso en el carácter de todo niño; y la prominencia excesiva que se dé á este móvil, fomentándolo continuamente, destruye el equilibrio de las facultades y sacrifica el sér moral al intelectual.

¿Qué otros móviles pueden reemplazar á los ya mencionados?

II

EL AMOR Á LA APROBACION

Este móvil es, en mayor ó menor grado, natural en todo individuo. Manifiéstase pronto en el niño, y durante algunos de los más tempranos años proporciona á los padres uno delos más poderosos medios de direccion y de influencia. Recurriendo á él sencillamente, puede hacerse un generativo sano del carácter; pero se pervierte con frecuencia por asociarle á móviles inferiores. Los padres, en vez de limitarse á manifestar á sus hijos que si obran bien serán recompensados con el amor y la aprobacion, recurren muy á menudo á los más bajos móviles de apetito por chucherias, recompensas pecuniarias ó deseo de aventajar á otro. El niño puede estar dispuesto á percibir que, por mala conducta, perderá la aprobacion de sus padres; y si ha sido bien criado sentirá esto como una de las mayores pérdidas posibles.

Casi todos los padres principian instintivamente por recurrir á este móvil, pero lo malo es que lo degradan frecuentemente con asociaciones bastardas; y lo pervierten, dándole una direccion errónea: ¡"qué dirá la gente"! es la expresion comun de los padres sin regla de conducta; la profieren á veces sin reflexion aun aquellos que evitarian que se les creyese capaces de obrar con miramiento á la opinion vulgar del mundo, y se culparian á sí mismos por inculcar semejante principio á sus hijos. El amor á indistinta aprobacion (la del mal, la del indigno y la del frívolo ignalmente que la del inteligente y la del justo) seria tan aparente para producir en el carácter un efecto bueno, como uno malo; para formar una criatura mundana, como para formar una persona de principios nobles y de miras elevadas. Por lo tanto es obvio que la buena influencia de este móvil dependa de sus asociaciones; y que esté libre de todo riesgo, solo cuando tiene referencia á las personas que, con buen discernimiento, dan su aprobacion á lo que la merece.

En la escuela, el amor á la aprobacion será referido primero á los padres; en segundo lugar al maestro; y últimamente á la opinion de la pequeña comunidad escolar. Para referirlo á los padres, el maestro debe sostener relaciones con ellos ó repetirles periódicamente algun informe sobre el progreso y la conducta de los niños. Esto último, siendo practicable, es el mejor medio, puesto que, cuando los informes se fundan en principios rectos, llegan á obrar con regularidad y forman en los niños hábitos de la mayor importancia.

Para que los informes escritos tengan permanentemente buen efecto, deben ser, en lo posible, justos. Decimos *en lo posible*, porque reputamos que es casi imposible que sean enteramente justos. El niño más lerdo que haya hecho esfuerzos uniformes y fieles, merece una expresion de encomio; y si pudiésemos investigar hasta qué punto han sido fieles los esfuerzos, tendriamos un conocimiento completo del carácter y de la capacidad del niño; pero como esto es patentemente dificilísimo, lo es

igualmente el hacer absoluta justicia. Sin embargo un vivo deseo, de parte del maestro, de hacer justicia completa, y de rectificar cualquier injusticia llevada á su conocimiento, casi tiene el efecto de justicia.

La reputacion de ser justo y benévolo el maestro, es indudablemente esencial para ejercer buena influencia con el uso de la aprobacion. Expresada esta por un maestro hábil, tendrá efecto, estimulando el esfuerzo, aun cuando sea injusta; pero la influencia de semejante aprobacion es perniciosa, por cuanto ella sacrifica en el niño, el amor á la justicia á sus progresos en los estudios; mientras que por otra parte, con maestro de mediana habilidad intelectual, será capaz de dar gran fuerza á su aprobacion, y ejecutar una influencia sobre sus discípulos mucho más elevada que la que le permita su propio entendimiento, si cuida siempre de corroborar sus opiniones recurriendo al sentimiento de justicia natural en ellos.

Sin embargo este sentimiento de justicia en niños congregados de familias de todas condiciones, segun es ordinariamente la composicion de una escuela, necesita correccion continua, porque es susceptible de extraviarse, por ser demasiado fuertes en muchos individuos el sentimiento de sus propios derechos y la desatencion de los derechos de los demás. De vez en cuando encontramos un discípulo que cree que se le ha hecho más que justicia; pero más frecuentemente alguien cree que recibe ménos que justicia. Cuando un maestro está seguro de que es justo á lo ménos en sus intenciones, puede corregir las concepciones de justicia en sus discípulos. Hasta que hace esto no puede sin peligro recurrir al juicio de ellos para declarar su aprobacion en favor de alguno.

Así, pues, el amor á la aprobacion, con estas limitaciones, es un eficaz é inocente móvil. Sin estas limitaciones, debe ser considerado como no libre del peligro de invadir la region de los principios elevados que á la educacion toca establecer como árbitros sobre todas las partes de la constitucion intelectual y moral.

III

EL AMOR AL SABER Y EL PLACER DE EJERCITAR LAS FACULTADES EN EL ESTUDIO

Cualquiera que sin haber frecuentado una escuela haya adquirido algun conocimiento de las cosas de la creacion y de la historia del hombre

por la observacion, la conversacion y la lectura, entre personas empeñadas en las ocupaciones usuales de la vida, se sorprenderá al saber la poca ventaja que suele obtenerse de este universal y poderoso principio en el curso ordinario de la enseñanza. ¿Qué móvil es más universal ó más poderoso que la curiosidad, este instintivo amor del alma hácia toda la hermosa creacion en medio de la cual ha nacido; este innato interés de cada facultad hácia los objetos para que ha sido creado? Observad como en un niño todo sonido le dispierta; ved como todo color, todo movimiento, toda nueva forma le embelesa, y con qué delicia el jóven dueño del mundo palpa, levanta, arranca, rompe, pesa y mide los materiales de su futuro poder; notad la viva atencion con que escucha la historia de toda criatura de su misma especie ó de raza inferior; la impaciencia con que aguarda vuestras respuestas á sus innumerables preguntas sobre fines, causas y mecanismos, el cómo y de dónde y para qué; y luego reconoced que este casi incontrastable deseo de aprender es *reprimido*, que este poderoso móvil queda descuidado y que el noble niño es compelido á aprender, no porque el saber es agradable, y por el *placer* con que el corazon y el entendimiento lo procuran, sinó por estar contra su hermano contendiendo por aventajarle, por reveses, vergüenza y envidia.

¿Y cómo acontece esto? Se equivocan los maestros que toman los medios por el fin. En vez de esforzarse por enseñar las cosas de la vida humana, como las leyes de la creacion y el carácter de su infinitamente bueno y sabio autor, obran como si reputasen que los grandes fines de la enseñanza son leer, escribir y contar. Aprisionan al niño por horas, le condenan al silencio y á la quietud en una edad en que jamás puede estar inmóvil; le ponen en las manos un libro de páginas de absurdos páginas tras páginas de impenetrables disparates, y despues se admiran de que no sea tan vivo y alegre como le han visto en un jardin buscando flores y mariposas. Se acercan á él con aspecto severo, con voz imponente, y se enfadan de que no les mire tan complacido como si se mostrasen risueños y afectuosos. Continúan por algunos años este proceder y luego se asombran de que las relaciones del niño con la escuela no le sean agradables. Lo admirable seria que cualquier niño fuese susceptible de amoldarse á la voluntad de su maestro, hasta el extremo de serles agradables esas relaciones.

Pero el amor al saber, ¿cómo sustituirá á los móviles ordinarios? ¿Cómo enseñar á un niño á leer, escribir y contar mediante el amor al saber? La lectura se aprende de este modo cuando los padres benévolos

é inteligentes la enseñan en sus casas. Pónganse libros adecuados, bien escritos y muy comprensibles, en manos de los niños, y estos aprenderán pronto á leer, por el deseo de saber lo que esos libros contienen; y aprenderán á leer no con el tono balbuciente y monótono tan comun en las escuelas, sinó sencilla y naturalmente, con aliento y afecto. Hay niños que no solo sin lágrimas y suspiros sinó con gusto aprenden de una madre sencilla y amorosa á leer bastante bien hasta que van á la escuela, donde, con libros que ellos no pueden comprender y con maestros inhábiles, pronto aprenden á sustituir el método natural, en que la sensibilidad responde á la sensibilidad y el pensamiento al pensamiento, con el ruidoso, turbulento y torpe método que nada hace con la razon ó con el sentimiento.

Considerando la lectura como un fin, no se consigue buen resultado en su enseñanza; considerándosela solamente como un medio de que el corazon y la mente del autor pueda penetrar en el corazon y en la mente del lector, se hace cosa más fácil y natural. Frecuentemente oimos decir con extrañeza que hay pocos lectores buenos, cuando tanto tiempo se emplea en enseñar el arte de leer. Lo extraño más bien es que haya alguno; que un niño sea conducido por entre un gran conjunto de palabras vacias de sentido para él, y que despues sea capaz de aprender á leer perfectamente.

Si el propósito del maestro fuese comunicar tantos conocimientos como el niño puede recibir, hallaria inmediatamente que el amor al saber puede ponerse en juego, y que es posible comunicar muchos conocimientos sin recurrir á otros estimulantes. Con este designio debe seguir uno de estos dos caminos: ó elegir libros sencillos y bien escritos para que los discípulos lean, ó prepararse para poder suplir la falta de esos libros. En muchas escuelas es difícil introducir suficiente variedad de libros para comunicar conocimientos sobre todos los ramos de que debe darse instruccion; pero en ninguna es imposible al maestro trasmitir una gran suma de conocimientos útiles á los discípulos en casi todo grado de adelanto. Los asuntos que los niños hallarán interesantes son tales como los siguientes: aspectos, alimentos, trajes, maneras y costumbres de las diferentes naciones, y todo relato sobre la condicion del hombre en todas las partes del mundo; el aire, sus movimientos y las causas de los vientos; el agua, sus usos, cómo se eleva en el aire, cómo cae y corre hasta el mar, cómo hiela y forma nieve y hiende las rocas, sus usos y cómo están formadas; el calor y sus efectos; plantas útiles, las que se usan como

alimento, para combustibles, ó en las artes, lo que las hace crecer y cuan hermosas son; los animales, su sagacidad, sus hábitos y usos; la luna, sus fases y su accion sobre las mareas, los barcos, cómo se construyen, cómo navegan, qué conducen, adonde van; cortas historias, anécdotas de grandes hombres, y otros innumerables asuntos.

Considere el maestro que una parte de sus deberes cotidianos es prepararse para comunicar algun asunto de instruccion en que él mismo tenga gran interés; y será dudoso que encuentre difícil despertar el interés de los niños. Diga, por ejemplo, á sus discípulos que hay un pais en que por espacio de algunas semanas en el invierno el sol no sale, donde la nieve es á menudo tan profunda que no hay caminos, y pregúnteles cómo piensan que los habitantes puedan ocuparse, durante tan largas noches; hágales la hermosa pintura que tenemos de la vida doméstica y costumbres de los habitantes de Islandia, donde cada familia es una escuela y un taller, y donde las ocupaciones están unidas á las enseñanzas de la vida; ó dígales cómo se hace el vidrio, ó cómo se imprime un libro, y no tema tener que reprenderles para que presten atencion.

Para todo esto debe el maestro aprender á hablar, no con pretensiones de retórica, sino sencilla, llana y familiarmente, como los hombres de buen juicio hablan en sus oficinas ó en sus talleres, y las mujeres juiciosas en sus casas ó entre sus hermanas. Que el objeto de la conversacion sea interesar ó instruir, y no exhibirse á sí mismo.

Y no se desanime el maestro si el éxito no es satisfactorio una y otra vez. El habilitarse para hacer la cosa bien requiere mucha práctica y no poca paciencia, á fin de desarraigar los malos hábitos de inatencion en los niños, y acostumbrarlos á escuchar y á mirar. ¿Qué cosa buena podemos adquirir sin ninguna pena?

Bien lo merece el arte de enseñar.

IV

EL AMOR Á LA VERDAD

El amor á la verdad debe dimanar del maestro. En vano intentará inculcarlo á sus discípulos si él no lo tiene en su pecho. Y lo enseñará más eficazmente á medida que lo tenga más profundo y sincero. Que sienta la mayor veneracion por la verdad, y que lo muestre en sus palabras y en sus acciones.

Muchas prácticas comunes en las escuelas propenden á extinguir, ó por lo ménos á debilitar el amor á la verdad. Jamás debe el maestro desconfiar sin motivo del discípulo, pues mostrándole desconfianza injusta hace mucho para enseñarle la mentira. Nunca se siente un niño tan tentado á mentir como cuando se halla reputado de embustero. Casi ocioso es decir que jamás debe el maestro inducir á sus discípulos á mentir. Una clara comprension del mandamiento «no jurarás» es no hacer jamás ciertas promesas. Así lo entiende cualquiera que sabe lo débil que es el hombre para guardar el sagrado amor á la verdad.

El maestro no debe exigir ni permitir á su discípulo la promesa de no repetir un acto. Si lo hace le induce á violar su promesa; le tienta á hacer una cosa infinitamente peor que las frívolas faltas que quiere prevenir. Conténtese con señalar el mal é imponer la penitencia; pero jamás réquiera la promesa. Mucho mal se hace á los niños, induciéndolos á decir lo malo que sepan de otro. La mayor parte de los escolares tienen, bajo este respecto, un sentimiento natural de pundonor que, léjos de ser profanado, debe ser fomentado y respetado. Podrá ser un pundonor erróneo, y ordinariamente lo es; pero envuelve un sentimiento noble y puede fundarse en un principio elevado. Descubrir al autor de travesuras, de ligerezas pueriles ó aun de daños frívolos, debe ser considerado de muchísima ménos trascendencia que la preservacion de este pundonor. Ningun mal hay en ignorar el culpable; pero lo hay muy grande en que los niños aprendan á mirar á otros y á considerarse á sí mismos como delatores.

Si un maestro contempla un poco sus propios móviles, encontrará que el inquieto deseo de descubrir y castigar al delincuente que ha violado la regla, tiene más de amor propio y de orgullo en sí, que de amor á la justicia y al bien del culpable. Tenga el maestro bastante magnanimidad para mirar su propio reglamento como de poca importancia en comparacion con el bien real de sus discípulos, y le será ménos desagradable el verlo quebrantado; y si persevera mucho, despertará en el discípulo una magnanimidad que será más protectora del reglamento que ninguna precaucion egoista. Cuando el discípulo ve que la inquietud del maestro por la observacion de las reglas escolares viene de que el mismo maestro las considera como leyes suyas, pierde el respeto á la ley y al lejislador. Pero convénzale de que tiene más alta consideracion hácia aquel que hácia sus temporarios reglamentos, y pronto tendrá los mejores sentimientos de sus discípulos en favor suyo y de sus reglamentos.

Otra tentacion á mentir que debe evitarse siempre que sea posible, es el emplear algunos niños en calidad de monitores de los demás. En algunas escuelas, y segun ciertos sistemas esto es inevitable; pero tambien es ocasionado á producir falsedad, injusticia y malquerencia. Un niño está obligado á ser más que un niño; está precisado á tener las cualidades de un maestro sesudo, á ser capaz de cumplir con verdad, justicia y benevolencia los deberes de un monitor. Así los hay á veces, y pueden ser empleados; pero ninguno de los demás.

Nos hemos referido al abandono de la verdad en ocasiones ordinarias, y lo hemos hecho con la conviccion de que decir siempre la verdad y amarla tiene más importancia que cualquiera de las adquisiciones relativas á los estudios que en todo tiempo pueden hacerse en la escuela, y por cuya causa se pone en peligro el amor á la verdad.

El deseo de llegar á la verdad en materia de ciencia ó de historia es consecuencia natural del amor á la verdad moral de que hemos hablado. Es un grande aliciente para la integridad de la investigacion; pero entra más tarde en operacion, y supone un grado de adelanto mayor que el requerido por cualquiera de los otros móviles de que hemos tratado. Sin embargo, su cultivo es tan trascendental que requiere mucha más atencion que la que ordinariamente se le presta. El maestro tiene muchas oportunidades de inculcarlo. El lenguaje exagerado que las personas jóvenes están propensas á usar, aunque es posible que proceda únicamente de percepciones exhuberantes, debe ser vigilado y reprimido. Las manifestaciones exageradas conducen naturalmente á la falsedad. El buen gusto y la verdad están interesados en esta restriccion. La exageracion es la violacion de ambos. La exactitud en las manifestaciones y en la ejecucion de los ejercicios de la escuela es importante, principalmente en sus relaciones morales, como conducente á la escrupulosa adhesion á la verdad.

V

EL DESEO DE PROGRESAR

Este móvil es natural y recomendable. La dificultad está, tanto en dirigirlo y gobernarlo, como en prevenir que la competencia se haga personal. Es tan necesariamente un elemento en todo carácter activo é inteligente, que importa mucho darle una recta direccion desde temprano.

Hé aquí algunos modos de hacer esto:

1º Conducir al discípulo á desear ser más perfecto en el estudio en que está empeñado, no es cosa tan difícil como parece á primera vista. La emulacion de sí mismo puede excitarse fácilmente. Manifiéstese al niño que lo que él está haciendo puede hacerlo mejor; téngase paciencia con su lento progreso; elógiesele el más ligero adelanto, haciéndole justicia, y así se le conducirá á entrar en juicio de sí mismo. Comparará lo que está haciendo con lo que ya ha hecho; verá que ha conseguido algo, y se hará su propio amigo; pero el maestro cuidará mucho de referirse al modelo perfecto, y no le dejará elogiarse por haber hecho más, si ello no es tambien mejor.

2º Poco necesitará el discípulo que se le estimule á desear ascender á la clase inmediata superior. Déjesele desearlo, y concédasele la promocion; pero solamente bajo la condicion de que todo esté aprendido. El estímulo puede obrar sobre una division compuesta de muchos individdos; y si el principio de juzgarse á sí mismo ha sido acertadamente puesto en accion, se podrá conceder la promocion á algunos sin agraviar los sentimientos de los que se queden atrás, quienes verdaderamente preferirán no ser promovidos á serlo mal preparados.

3º Siempre hay en los niños un deseo bastante pronunciado de llegar á los estudios superiores. Este anhelo puede utilizarse exigiéndoles una fiel integridad en el estudio presente, como condicion indispensable para promoverlo á otro nuevo. Un exámen puede determinar la clasificacion, ó si el mismo maestro desempeña ambas clases, puede resolver sin exámen especial, la parte ó el todo de una clase en aptitud de pasar á un grado superior ó de emprender otro estudio.

4º Una escuela puede dividirse en varias secciones de conformidad con el programa y con el manejo general. Procúrese que las subdivisiones sean tan numerosas que la distancia entre divisiones contiguas no sea grande. Este arreglo puede existir en el registro de la escuela; pero no necesita causar efecto en la colocacion de los discípulos en sus asientos y es mejor que no lo cause. Un niño puede estar en la misma division que otro en escritura; pero en una clase más superior en aritmética, en una más inferior en lectura, y en otra diferente en geografía. La rivalidad personal se debilita en gran manera por estas varias colocaciones conformes con el progreso, miéntras que mejores móviles conducen á obrar más eficazmente. Será grande aliciente para un niño el tener una buena clasificacion, si la consecuencia es tener tambien más alto

puesto en el registro de la escuela; y se evitará que la competencia sea personal, colocando alfabéticamente los nombres en cada division. Así 15 ó cualquier otro número de discípulos pueden tener la satisfaccion de ascender juntos de grado en grado á la division superior, sin ninguna emulacion; y de este modo ninguno figurará como superior ó inferior.

5º En caso de haber un sistema de diferentes escuelas coordinadas, el exámen para pasar de cada una á la inmediata superior puede hacerse un poderoso móvil del estudio. Todos los que tienen experiencia en la preparacion de niños para su ingreso en un colegio saben cuan eficazmente obra, segun se adelanta, la espectativa del exámen de ambicion.

Todo examinador de colegio que rebaja las condiciones requeridas hace un mal á toda la juventud que está en esa espectativa. Si todos los colegios se pusiesen de acuerdo en esto, fácil y rápidamente levantarian las escuelas á un grado mucho más superior exigiendo mejor preparacion.

VI

EL DESEO DE PREPARARSE PARA LOS ASUNTOS Y DEBERES DE LA VIDA.

Acontece frecuentemente que jóvenes que han sido holgazanes durante su educacion preparatoria se hacen diligentes cuando ingresan en los estudios especiales de una profesion. Esto no es solamente consecuencia de una edad más sazonada, sinó más bien de que los asuntos de la vida son más distintamente percibidos, y la necesidad especial es más evidenciada. Al mismo principio puede recurrirse ventajosamente en cada parte de los cursos anteriores. Cuando el niño aprende á leer llámesele á menudo la atencion mostrándole que por ese medio obtendrá la ventaja de leer todo lo que él quiera y siempre que quiera. Se le inducirá con frecuencia á que aprenda á escribir, convenciéndole de que la escritura será una ventaja y un placer para él en su vida ulterior. El muchacho que considera solamente su propia diligencia como apoyo será estimulado á ella desde el principio de sus estudios, si se le patentiza que su éxito en la vida dependerá del que obtenga como escolar. Un muchacho generoso de 12 años á quien se le hace prever que el sosten de una

madre ó de una hermana dependerá de él, y que todo eso puede él mismo confiarlo á sus talentos y á su educacion, se apurará con la resolucion de adquirir la mejor instruccion y el mayor desarrollo de sus dotes naturales. El futuro comerciante se aplicará pacientemente á la aritmética, á la geografía, á la correspondencia comercial y á la teneduría de libros, cuando esté convencido de que el estudio de estos ramos le prepara para su profesion futura. La química y la fisiología vegetal se recomendarán por sí mismas al futuro agricultor; la geometría y la física al mecánico.

Semejantes vistas jamás se omitirán al recomendar un estudio á nuestros discípulos; y si hay estudio respecto al cual no puedan hacerse tales manifestaciones, podemos razonablemente dudar de si tenemos el derecho de recomendarlo. Debemos sin embargo cuidar de que el punto de vista en que consideremos el éxito de la vida no sea el ordinario y bajo que mide la importancia de cada cosa por su valor pecuniario, sinó el más alto, basado sobre ideas exactas de la dignidad de nuestra existencia y de la elevacion, excelencia y felicidad que deben ser su objeto.

VII

LOS AFECTOS GENEROSOS

Toda escuela debe ser gobernada en más alto grado que menudo parece posible, recurriendo á los más generosos afectos que corresponden al carácter humano. Concedamos que esto sea muchas veces dificultoso y para alguno de nosotros imposible; pero la falta será de nosotros mismos. Lo será si no tenemos en medida suficientemente amplia las cualidades que deseamos desenvolver en nuestros discípulos. Para valerse de estos principios, el maestro debe tenerlos en su propio carácter. ¿Cómo ha de poder tocar los resortes de los sentimientos generosos aquel que en su trato con sus discípulos esté siempre bajo la influencia de móviles bajos y egoistas?

1º Debe tener una fuerte simpatía hácia los niños, y no avergonzarse de sentirla y expresarla. Los afectos son siempre jóvenes, jamás envejecen; y si se han ejercitado, la vida es tan corta, que el más viejo de nosotros no necesita mirar sino hácia pocos años atrás para penetrar de nuevo en los sentimientos de la niñez. Sin simpatía el maestro no puede comprender, y mucho ménos dirigir los sentimientos del niño; pero ella le pondrá en aptitud de conocer las dificultades con que un niño tropieza, cuán oscura puede parecerle la cosa más clara, cuán larga la más corta y cuán pronto se le agota su escaso caudal de paciencia. El ser las mujeres más aptas que los hombres para enseñar á la infancia, es en gran parte debido á su viva simpatía. Es bárbara la idea de que la carencia de simpatía no es un defecto, y que la severidad es valor moral; olvidando los que así piensan que en los hombres de mejores dotes siempre se han notado las mayores simpatías.

La más generosa indulgencia ha de emplearse para las faltas de los niños; la más lenitiva interpretacion debe darse á toda falta. Fácilmente podemos recordar que nuestras faltas cuando éramos niños, fueron mucho más frecuentemente por ignorancia, ligereza, atolondramiento, inadvertencia, descuido, omision, indiscrecion, irreflexion, ímpetu ó debilidad, que por designio ó por malicia. Tales son siempre los orígenes de la mayor parte de las faltas; y no es razonable pretender encontrar niños sin defectos. Tampoco es razonable, siendo estas causas tan obvias, procurar y aun rebuscar en cada caso lo peor. Impútense á los niños los móviles mejores y así se engendrarán estos móviles. No podemos dudar que la capacidad para lo bueno y lo noble existe en todo niño y que solo necesita de que el maestro la despierte y la desenvuelva; y el poder de éste para conseguirlo estará en proporcion con la elevacion de su carácter.

2º El maestro debe mostrar completa confianza en el niño, y no solo mostrarla sinó sentirla. La confianza engendra confianza, como el recelo engendra recelo y falsedad. No hay modo más fácil de producir falsedad en un niño que el dudar de su palabra. Y esto no puede ménos de ser así: el desconfiado es embustero; el que es perfectamente sincero nunca sabe sospechar. Verdad es que hay desconfianzas producidas por la experiencia de otras falsedades de los hombres; pero esto es cosa del mundo, y no debe sentirlo el maestro hácia el niño. La verdad real como la caridad, no sospecha maldades. Por eso la desconfianza, en todo cuanto alcanza la influencia del maestro, corrompe el principio de la verdad y engendra falsedad; es como si dice al niño: "desconfio de tí porque creo que eres como yo soy", pero el niño que se siente favorecido por la

confianza de su maestro tiene toda la fuerza del carácter de éste al lado de sus buenas sujestiones y resoluciones. Quizá podrá resistir la tentacion interior, si todo lo exterior es removido, está seguro porque se halla en buena compañia; pero si permite el maestro que su discípulo se encuentre con la oscura mirada de la sospecha, la llama trémula de la verdad se apagará dentro de él. "¿Qué tengo yo que perder?—dirá el niño para sí—con esta falsedad? Ya me considera como embustero, y ni una mentira puede librarme de las consecuencias de esta falta." Así la falsedad siempre es cobarde; procuremos alejar el miedo si queremos ver la mentira.

3. El maestro cuidará de dar á conocer que está de parte de sus discípulos. Esto suele ser difícil, porque en algunas escuelas el maestro ha sido siempre considerado como un enemigo, y la impresion se ha hecho hereditaria para todos los niños. El mismo concepto tienen tambien los padres, y esta circunstancia hace más dificultoso el caso; pero la dificultad cesará para el que tenga una verdadera simpatía hácia los niños. Estos tienen cierta penetracion para distinguir quienes son sus amigos; y si él es un verdadero amigo, un prudente, sabio y fiel amigo, ellos tendrán que reconocerlo más tarde ó más temprano.

La verdad comun de que aprendemos más por la imitacion que por el precepto está en boca de todo el mundo, y sin embargo, muy desconsiderada en la práctica. ¿Qué objeto más elevado puede ser propuesto que enseñar virtudes morales, justicia, liberalidad, urbanidad, caridad, generosidad y humildad? Pero, ¿cómo puede enseñar justicia el que es habitualmente injusto, ó liberalidad el que es pequeño de alma, ó caridad el que es avaro ó desconfiado, ó urbanidad el que es torpe y despótico, ó generosidad el que es engañador y egoista, ó humildad el que es sorberbio y pretencioso?

VIII

LA RECTITUD DE CONCIENCIA Y EL DESEO DE OBEDECER LA LEY DE DIOS

El objeto más elevado de la educacion consiste en establecer el imperio de estos principios y formar el hábito de obrar bajo su influencia.

Esto se efectúa ejercitándolos, en cuanto dependa del maestro, recurriendo constantemente á ellos, poniéndolos en accion.

La conciencia principiando á obrar desde la infancia es más activa que en cualquier otro período futuro. El curso comun de la educacion, dentro y fuera de la escuela, en nada es tan errónco como en no dar gran actividad á la conciencia. El niño una vez habituado, como bajo la direccion de una madre concienzuda puede serlo, á preguntar ¿es bueno hacer esto? respecto á ciertos actos, crecerá procurando hacer siempre su deber. Pero como sus escrúpulos suelen estar burlados con frecuencia, como constantemente ve obrar con malicia, pasion, egoismo, anhelo de aprobacion mundana, deseo de aventajar á los demás y otros móviles bajos, no hay que admirarse de que la todavía débil voz de la conciencia nunca sea oida, y si lo es, que esté ahogada por las voces confundidas en derredor de él. Debe ser nuestro empeño cambiar este estado de cosas, desempeñar el papel de la conciencia, señalar lo que es recto y lo que es errónco, y sugerir constantemente la pregunta: ¿es bueno hacer esto? no siempre con estas palabras, sinó de una manera tal que el discípulo se haga á sí mismo esa pregunta. Con discípulos de todas edades no veremos efectos de ningun otro origen tan satisfactorios como los producidos por la accion de este principio solo. No hay persona jóven que sea insensible á la siguiente manifestacion: "V. puede y *debe* hacer esto mejor"; ni forma de recompensa que produzca su efecto más clara y seguramente que poder decir: "ya lo ha hecho V. bien."

Pero, la conciencia debe ser ilustrada, y lo será, enseñando al niño su relacion con Dios como creador de su conciencia y de todas las cosas; y mostrando así lo que es la ley de Dios y la autoridad de la ley de Dios.

La rectitud de conciencia se ensancha á medida que se dilata nuestro conocimiento de las leyes del Creador. Cuando se reconoce que el cuerpo es su hechura, se reconoce que las leyes de la estructura del cuerpo son sus leyes, y todo lo necesario para conservar la salud se hace parte del deber.

Terminamos con esta clase de móviles porque es la más elevada. Quizá hubiera sido más propio tratarla en primer lugar puesto que comprende todas las demás; y si sabemos enseñar y gobernar bien, las reemplazarán. A medida que adelantamos en el conocimiento y en la práctica de nuestros deberes, nos acercamos más y más á este fin.